

**De la tienda al calvario:
el nuevo culto inaugurado por Cristo,
sumo y eterno sacerdote,
según la Epístola a los Hebreos**

**From the tabernacle to calvary:
the new worship inaugurated by Christ,
high and eternal priest,
according to the Epistle to the Hebrews**

Fecha recibido: 12/06/2025 - Fecha publicación: 29/07/2025

Miguel Soares dos Reis¹
Adilson da Rocha²

Resumen

A diferencia de todos los escritos sagrados, la Epístola a los Hebreos es la única que caracteriza a Jesucristo como Sumo y Eterno Sacerdote. A este respecto, los elementos que se desprenden de este escrito, permiten un análisis teológico del culto hebreo que, habiéndose encerrado en sí mismo e incapaz de transformar las conciencias (Heb 9,9), dio paso al nuevo rito, inaugurado por Cristo en el Calvario, en el altar de la Cruz. Por eso, Cristo es invocado, por la fuerza de su sacrificio irrepetible y eterno, como sacerdote de los bienes venideros (9,11), porque consiguió, con su obediencia y solidaridad, alcanzar la eternidad para el género humano. Así, todo el ritualismo vacío que tenía lugar en la *tienda*, que en lugar de unir, separaba a los hombres de Dios, deja paso al nuevo culto, que se

1 Seminarista da Diocese da Campanha/MG. Bacharelado em Teologia pela Faculdade Católica de Pouso Alegre. Licenciado em Filosofia pela Faculdade Católica de Anápolis (2023). Pouso Alegre/MG – Brasil. E-mail: miguel.s.reis@hotmail.com Lattes: <http://lattes.cnpq.br/2306867310677521>. ORCID: 0000-0001-5301-9168.

2 Padre da Arquidiocese de Pouso Alegre/MG. Possui graduação em Teologia pela Faculdade Católica de Pouso Alegre (2010) e Especialização em Hermenêutica Bíblica pela Pontifícia Universidade Católica de Minas Gerais - PUC/MG (2014) e mestrado pela Pontifícia Università Gregoriana di Roma. Coordenador do curso de teologia e professor de Sagrada Escritura na Faculdade Católica de Pouso Alegre (FACAPA). Pouso Alegre/MG – Brasil. E-mail: adilsondarocha@yahoo.com.br Lattes: <http://lattes.cnpq.br/0796774719932623>. ORCID: 0009-0001-6895-3989.

inaugura desde la Cruz, porque al romper el velo del santuario, lo humano y lo divino se unen, abriendo el camino al Santuario celestial, que está mediado por Cristo.

Palabras clave: Sacerdocio, Sacrificio, Culto, Solidaridad, Unión.

Abstract

The Epistle to the Hebrews, unlike all other sacred writings, uniquely characterizes Jesus Christ as the High and Eternal Priest. In this regard, elements derived from this text allow for a theological analysis of Hebrew worship: having become self-enclosed and incapable of transforming human consciousness (Heb 9:9), it gave way to a new rite inaugurated by Christ on Calvary, at the altar of the Cross. Thus, Christ is invoked—by the power of His unrepeatable and eternal sacrifice—as the priest of the good things to come (9:11), for through His obedience and solidarity, He attained eternity for humankind. Consequently, the empty ritualism that took place in the Tabernacle, which separated humanity from God rather than uniting it, yields to the new worship inaugurated from the Cross. By tearing the veil of the sanctuary, the human and the divine are united, opening the way to the heavenly Sanctuary, which is mediated by Christ.

Keywords: Priesthood; Sacrifice; Worship; Solidarity; Union.

Introducción

Los escritos del Antiguo Testamento valoran y describen con gran estima la figura del sacerdote, cuya misión consistía en mediar la relación entre Dios y el ser humano, así como en restablecerla cuando esta se rompía a causa del pecado. No obstante, a lo largo de la historia se evidenció que, a pesar de los esfuerzos realizados, el culto y los sacrificios ya no lograban su objetivo ni sus efectos esperados, pues, no purificaban las conciencias de quienes los ofrecían (Heb 9,9), sino que se limitaban al ritualismo externo y a la mera observancia de la ley, derivando así en una religiosidad hipócrita.

La mediación, que debería propiciar la unión entre los hombres y Dios, en realidad no existía; contrariamente, los corazones permanecían distantes e infieles al Señor. En este sentido, los sacrificios del pueblo no eran agradables a Dios; además, el sacerdocio se había convertido en motivo de separación, y no de comunión, porque los sacerdotes estaban muy distantes del pueblo, y, por la corrupción y el fracaso de los principios

originarios del sacerdocio, el pueblo también se apartó de Dios. Por muy bello y fiel que fuera el culto a las prescripciones, este ya no alcanzaba a Dios. En ese sentido, “la Ley, el Culto y el Sacerdocio de la Antigua Alianza estaban ligados al orden visible, carnal y perecedero” (Terra, 1979, p. 126).

En Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, todo lo antiguo se hace nuevo. A pesar de no ajustarse al perfil sacerdotal tradicional del mundo hebreo, su vida entera se configuró como una oblación agradable a Dios, consumada en el altar de la cruz. En ese acto salvífico se inaugura un nuevo culto, por el que ya no existe distanciamiento entre lo humano y lo divino. En tal sentido, el autor de la Carta a los Hebreos —en su singularidad dentro de toda la Sagrada Escritura— describe con profundidad teológica la configuración sacerdotal plena de Jesús y la redención que Él alcanzó. En efecto, “esto constituye a Cristo como sacerdote perfecto, pues lo une perfectamente tanto a los hombres como a Dios” (Vanhoye, 1979, p. 119). Así, la mediación se restablece, de una vez por todas, en Cristo.

Con el fin de comprender con mayor profundidad el misterio del sacerdocio de Cristo y los efectos salvíficos de su sacrificio insustituible, se hace necesario analizar la Carta a los Hebreos, así como su teología y su relación con los demás elementos de la Sagrada Escritura. A partir de este análisis, es posible afirmar que el culto va desde la Tienda hasta el Calvario, alcanzando su plenitud y eternidad en la Cruz. Este artículo, por tanto, se propone examinar algunos aspectos litúrgicos del Antiguo Testamento, con sus significados y concepciones sobre el sacrificio y el sacerdocio, para luego considerar los elementos teológicos del sumo sacerdocio de Cristo, que culminan finalmente en la Cruz, donde se inaugura un nuevo rito.

En la tienda: el sacerdocio y el sacrificio en la liturgia ritual del Antiguo Testamento

La religiosidad del judaísmo no se fundamenta en la lógica racional, sino en la fuerza de una experiencia vital marcada por la presencia y la Palabra de Dios (Sante, 2004). En este contexto, la fe judía otorga gran valor a los actos simbólicos, pues actualizan realidades trascendentales, utilizando un lenguaje parabólico que aproximaba al receptor al mensaje sagrado. Por esta razón, el ámbito litúrgico del judaísmo está compuesto por gestos, palabras, música, movimiento, narraciones, silencios, mitos y ritos; elementos que constituyen el espacio histórico privilegiado donde Israel hace experiencia del encuentro con Dios (Sante, 2004, pp. 14–15).

El término griego *leitourgía*, inicialmente referido a acciones públicas en beneficio del pueblo, adquirió un uso técnico en la traducción de la Biblia de los Setenta (LXX), donde ahora designaba el culto oficial y público, conforme a las leyes levíticas, que tenía lugar primero en la Tienda del Encuentro y posteriormente en el Templo (Marsili, 1992).

En los textos del Primer Testamento, la liturgia judía no presenta una sistematización detallada de las acciones litúrgicas ni fórmulas verbales específicas, sino una estricta observancia de las prescripciones relacionadas con los sacrificios y la purificación ritual (Bach, 2013, pp. 818–819). Levítico 1–7 y Números 15 recogen con minuciosidad los ritos revelados por Yahvé a Moisés, pero omiten las palabras que debían pronunciar tanto el sacerdote como el oferente. Pese a esta aparente flexibilidad, la liturgia hebrea se caracterizaba por una rigurosa estructura.

El culto fue confiado a los hijos de Caat, de la tribu de Leví, porque “Yahvé escogió la tribu de Leví para llevar el Arca de la Alianza del Señor, estar en su presencia para servirle y bendecir en su nombre hasta el día de hoy” (Dt 10,8). Los levitas, cuya herencia era el mismo Yahvé, recibieron esta función de generación en generación. Se les reconocía como defensores y transmisores celosos de la fe yavista (Auneau, 1994).

El término hebreo *kohen* (כֹּהֵן), que designa al sacerdote, no fue exclusivo del pueblo hebreo. Era común a diversas religiones antiguas —la egipcia, la mesopotámica o la árabe preislámica— y se aplicaba a especialistas en lo sagrado. Su etimología es incierta: algunos lo derivan de la raíz *kwn* (“estar de pie, establecido”); otros lo relacionan con el acadio *kānu* (“inclinarse, rendir homenaje”) (Conthenet, 2013, p. 1190).

En muchas de estas culturas, el sacerdote ejercía también funciones políticas, como Melquisedec, quien era simultáneamente sacerdote y rey. En otros contextos, el sacerdote era exorcista, adivino o un simple perito ceremonial. En Israel, sin embargo, el sacerdocio se institucionalizó durante la monarquía, aunque su ejercicio ya existía desde los patriarcas. Los primeros hombres actuaban como sus propios sacerdotes (Gn 4,3; Jb 1,5), y en tiempos de Noé, el jefe familiar cumplía esa función (Gn 8,20; 12,8; Ex 19,22) (Payne, 1998, p. 705). En este sentido, Moisés representa el modelo sacerdotal por excelencia, investido explícitamente para conferir el sacerdocio a los hijos de Aarón (Nm 15–17) (Baroffio, 1992).

Los primeros sacerdotes mencionados en la Escritura son Melquisedec —quien ofreció pan y vino y bendijo a Abraham (Gn 14,18)— y Jetró (Ex 18,12); y aunque este último no recibe el título de *kohen*, sí actúa como jefe de familia que ofrece sacrificios.

Los levitas, debidamente preparados (Lv 21,17–24) y sin impedimentos, eran consagrados para el ministerio sacerdotal (Ex 32,26–29). Sus funciones incluían oráculos, enseñanza y la celebración de sacrificios. Según Andrade (2021), la consagración levítica implicaba un rito de “perfeccionamiento” que confería el don para aproximarse a lo sagrado. Además, gozaban de privilegios sobre el pueblo, como recibir primicias y partes específicas de los sacrificios (Auneau, 1994).

Destaca en la jerarquía sacerdotal la figura del sumo sacerdote (*kohen gadol*), cuya función principal era la expiación comunitaria. Presidía el Sanedrín y tenía el privilegio de ingresar al Santo de los Santos una vez al año (Lv 16), oficiar en el Día de la Expiación y preservar su pureza ritual (Jeremías, 1983, pp. 210–213). A su lado estaba el “jefe de los sacerdotes”, quien actuaba como asistente y supervisor del correcto desarrollo litúrgico.

El sacerdocio y el sacrificio estaban profundamente unidos, de modo que este era un don sagrado que buscaba restablecer la comunión con Dios, mientras que el sacerdote era quien mediaba esa entrega (Nenheuser, 1992, p. 1070). Los sacrificios judíos incluían holocaustos, sacrificios expiatorios y de reparación, y sacrificios de comunión (Jeremías, 1983, p. 277; Lv 1–7).

Dios no se encuentra en cualquier lugar, sino en un espacio santo reservado al culto. Ingresar en él requería un ritual preciso, siendo el sacrificio la ceremonia más significativa (Vanhoye, 1980). El holocausto (*olah*, “subir”) era la ofrenda más sublime, totalmente consumida por el fuego, cuya “fragancia” subía a Dios (Monloubou, 1985, p. 12). Este acto expresaba homenaje total y contenía valor expiatorio, transmitido por la sangre derramada (Lv 1).

Los sacrificios expiatorios, divididos en sacrificios por el pecado (Lv 4,1–5,11) y de reparación (Lv 5,14–25), restablecían la relación con Dios mediante una ofrenda que tenía carácter redentor (Lv 17,11). El oferente no participaba del consumo de la carne, pues era una ofrenda exclusiva para Yahvé (Monloubou, 1985, p. 13).

El sacrificio de comunión implicaba la inmolación de una víctima cuya carne se compartía entre Dios, el sacerdote y el oferente. Era frecuente en las festividades, simbolizaba la alianza, y permitía al fiel participar de lo sagrado a través del alimento (Bíblia de Jerusalén, nota b, p. 164). No obstante, no era una “comida con Dios”, pues este no participaba directamente del banquete (Monloubou, 1985).

Estos dos elementos —sacerdocio y sacrificio— ocupan un lugar central en la identidad de Israel, llamado a ser un “reino de sacerdotes y nación santa” (Ex 19,6). El pueblo se reunía en el Templo para elevar súplicas y ofrecer sacrificios, buscando mantener viva la alianza y la benevolencia de Dios.

El sumo sacerdocio de Cristo y su sacrificio insustituible.

“El punto principal de lo que estamos diciendo es que tenemos un Sumo Sacerdote tal, que se ha sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos” (Heb 8,1). En los escritos del Nuevo Testamento, la comprensión del sacerdocio y el sacrificio adquiere un nuevo significado en la persona de Jesucristo. No obstante, la Carta a los Hebreos es el único texto que le atribuye expresamente a Jesús el título de Sumo Sacerdote. En este sentido, presenta una imagen que, a primera vista, no tiene rasgos sacerdotales según las concepciones del Antiguo Testamento ni según la praxis —no siempre ejemplar— del judaísmo tardío (Baroffio, 1992, p. 1031).

Para los contemporáneos de Jesús, sus palabras y acciones se asemejaban más a las de un profeta que a las de un sacerdote, pues mostraba poco interés por la pureza ritual. De hecho, confrontó el sistema de separaciones culturales, cuya cúspide era la ofrenda sacrificial (Vanhoye, 1980). Además, no pertenecía a la estirpe sacerdotal, encargada del servicio litúrgico. Incluso hay autores que niegan que la muerte de Cristo pueda considerarse un sacrificio en el sentido antiguo, dado que al tradicional se relacionaba más con los ritos de ofrenda que con la muerte y el sufrimiento de la víctima (Vanhoye, 1980).

Sin embargo, los escritos del Antiguo Testamento se abren al acontecimiento de la muerte y resurrección de Cristo, precisamente porque su vida es leída en clave sacrificial, cultural y sacramental (Baroffio, 1992, p. 1031). Así, el culto ya no está vinculado al templo, sino al Calvario. El altar es la cruz, el Cordero inmolado es el mismo Jesús, quien también es el sacerdote que ofrece la oblación más perfecta y agradable a Dios, en remisión de los pecados de la humanidad. “Cristo no cargó los pecados sobre los hombros de otros —ni de hombres ni de animales—; cargó sobre sus propios hombros los pecados de los demás” (Cantalamesa, 2012, p. 112). En consecuencia:

“Cristo fue reconocido como víctima ofrecida a Dios. Sin embargo, si solo hubiera sido una víctima pasiva, no podría ser llamado sacerdote. Era necesario dar un paso más y reconocer que Cristo

fue una víctima voluntaria. Y esto se demuestra porque aparece en muchos textos como quien se dirige voluntariamente hacia la pasión, en palabras y acciones: vino para servir... para dar su vida... por muchos. Esto muestra que su muerte no fue una aceptación pasiva, sino una ofrenda voluntaria. (Vanhoye, 1979, p. 117)

Además del carácter oblativo y sacrificial, el sacerdocio de Jesús se distingue por romper las barreras entre lo divino y lo humano. A diferencia del antiguo sacerdocio, separado del pueblo y distante de la experiencia humana, el de Cristo se configura como un ejercicio de solidaridad radical con la humanidad. Por su vida entregada, Jesús se hace cercano a los humildes, manifestando una caridad que, llevada al extremo, salva y redime a toda la humanidad.

En esta línea, Andrade (2021) afirma que el sacerdocio de Cristo se vuelve solidario (Heb 2,17), pues actúa en expiación de los pecados de la humanidad, con el propósito de glorificar al ser humano en Él. Así, la mediación se realiza plenamente en Cristo, quien, en su solidaridad con el destino humano marcado por la muerte y en comunión con la gloria inmortal de Dios, cumple la misión esencial del sacerdocio: unir a Dios y al hombre (Baroffio, 1992, p. 1031). “Constituido perfecto para siempre” (Heb 7,28), Cristo se ofrece a sí mismo en un sacrificio único, realizado de una vez para siempre (cf. Heb 7,27).

La misericordia de Jesús, fruto de su participación en nuestra fragilidad (Heb 5,7; 12,2), lo convierte en principio de salvación para la humanidad (Andrade, 2021, p. 252). Como los sacerdotes del Antiguo Testamento, Él comparte la miseria humana, pero la transforma mediante su sacrificio redentor. Su sacerdocio es verdaderamente compasivo y cercano.

En contraste con el antiguo sacerdocio, que requería severidad ante los pecadores, y que prohibía cualquier compromiso con ellos (cf. Ex 32,25–29; Nm 25,6–13), el sacerdocio de Cristo derriba estas barreras. A través de su solidaridad se aproxima al pecador y abre camino a la salvación (Vanhoye, 1980).

Desde sus comienzos, las comunidades cristianas celebraron la vida de Jesús como una oblación perfecta, que alcanzó su culmen en la cruz. “Con su doctrina y su vida, Jesús desenmascara y rompe el mecanismo del chivo expiatorio que sacraliza la violencia, convirtiéndose Él mismo —el inocente— en víctima de toda violencia” (Cantalamesa, 2012, p. 112).

Baroffio (1992, p. 1032) identifica tres rasgos eminentes del sacerdocio de Cristo: la misericordia, la fidelidad en las cosas de Dios y su carácter mesiánico y universal. “Por eso convenía que en todo se asemejara a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote en lo que se refiere a Dios, y expiar así los pecados del pueblo” (Heb 2,17). De este modo, Jesús no actúa con hipocresía, sino con compasión. Asume la naturaleza humana, excepto en el pecado, y entrega su vida en la cruz para salvar a la humanidad. Su sacrificio redentor, fruto de la misericordia, le permite socorrer a quienes son puestos a prueba (Heb 2,18).

La fidelidad de Cristo también se manifiesta a lo largo de su vida. Él es fiel al proyecto del Padre (Heb 2,18) y es comparado con Moisés, aunque su fidelidad supera con creces la del legislador de Israel. Vanhoye (1980) explica que, más que ser “fiel”, la expresión griega indica que Jesús es “digno de fe” ante Aquel que lo constituyó Sumo Sacerdote (Heb 3,2). Moisés fue siervo en la casa de Dios; Cristo, en cambio, es Hijo con autoridad sobre esa casa (Heb 3,5–6). Su misión salvadora no solo recuerda la Pascua y el Éxodo, sino que los lleva a plenitud.

El paralelismo más destacado lo hace Hebreos entre Jesús y Melquisedec. Este rey de Salem, llamado “Rey de paz” (Heb 7,2), no pertenecía a la tribu sacerdotal de Leví, pero recibió los diezmos de Abraham y, en él, de los propios levitas (Heb 7,2.9).

Por tanto, su sacerdocio es superior y prefigura el tiempo mesiánico, en el que se instituiría un sacerdocio eterno en lugar del antiguo (Biblia de Jerusalén, 2002, nota c, p. 2091). Jesús es sacerdote “según el orden de Melquisedec” (Sal 110,4), y su sacerdocio es inmutable. Su oblación se extiende desde Sion hasta los confines de la tierra, para siempre (Heb 7, 24).

Por esta razón, “se anula una prescripción anterior por ser ineficaz e inútil” (Heb 7,18), y Cristo se convierte en garantía de una alianza mejor (Heb 7,22). Antes de su pasión, declaró: “Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, sangre de la Alianza, que se derrama por muchos para perdón de los pecados” (Mt 26,27–28). Así, la boca de Jesús proclama una nueva Alianza, sellada con su sangre, en paralelo con el sacrificio de Moisés (Ex 24,6–8). No obstante, Cristo supera a Moisés como “apóstol y sumo sacerdote de nuestra fe” (Heb 3,1) (Conthenet, 2013, p. 1191). Su vida es una oblación agradable, y su sangre, derramada en la cruz, es sacrificio de suave aroma (Ef 5,2).

La perfección de Cristo como Sumo Sacerdote implica una nueva Tienda, un nuevo Santuario, una nueva sangre, una nueva ofrenda y

una nueva alianza (Andrade, 2021, p. 252). Por medio de su sangre, se establece una alianza definitiva que eleva a plenitud la relación entre Dios y la humanidad. Hebreos 9,11 afirma que “Cristo, en cambio, vino como Sumo Sacerdote de los bienes venideros”, es decir, no como quien se afana en el ritualismo vacío del templo, sino como el ungido que dispensa la gracia y los bienes del Reino. Los “bienes futuros” son aquellos que superan las ventajas del culto antiguo (Gass, 1992, p. 61). Por el sacrificio redentor del Sumo y Eterno Sacerdote, se nos otorgan ya, anticipadamente, los frutos de la vida eterna.

En el calvario: el nuevo culto inaugurado en la cruz

Santo Tomás de Aquino, en el himno eucarístico *Pange lingua*, compuesto para la solemnidad de Corpus Christi a petición del Papa Urbano IV, afirma en sus estrofas finales: *Et antiquum documentum novo cedat ritui*. En la liturgia brasileña esta frase se traduce como: “Pues el Antiguo Testamento dio lugar al Nuevo”, aunque una traducción más fiel sería: “Y el antiguo testimonio ceda al nuevo rito”.

Esta afirmación se vincula directamente con lo que la Carta a los Hebreos proclama: la Ley —entendida como el conjunto de obligaciones reveladas por Dios a Israel por medio de Moisés (Buis, 2013, p. 797)— se desdobló en varios cuerpos legales: el Decálogo (Ex 20,2–17), el Código de la Alianza (Ex 20,19–23,19), la Ley de Santidad (Lv 19–26) y el Código Deuteronomico (Dt 12–26). Si bien la Ley expresaba la fidelidad a la primera alianza, en Cristo se realiza una alianza plena, eterna e insustituible, haciendo antigua a la primera (Heb 8,13). En este sentido, puede decirse que Tomás de Aquino cantó la teología de Hebreos, siendo un tema que se merece un análisis más profundo.

Desde la perspectiva ritual de la primera alianza, destaca en primer lugar el tabernáculo (Heb 9,1–5), que consistía en un conjunto de ritos que reglamentaban el culto divino, y un espacio sagrado para dicho culto: el templo (Gass, 1992, p. 60). Según la tradición mosaica, el santuario se organizaba en dos espacios: el primero, llamado Lugar Santo, albergaba el candelabro, la mesa y los panes de la proposición (Heb 9,2); el segundo, el Santo de los Santos, estaba separado por un velo y contenía el Arca de la Alianza.

Los autores de Hebreos, sin embargo, siguen una tradición distinta. Describen el contenido del arca mencionando el vaso con maná (Ex 16,32–34), el bastón de Aarón (Nm 17,16–25) y las tablas de la Ley (Ex 25,16; 40,20). No obstante, textos como Dt 10,1–5 y 1 Re 8,9, así como el

historiador Flavio Josefo (*Antigüedades*, 8.4), afirman que solo las tablas de la Ley estaban dentro del arca (Gass, 1992, p. 60).

A pesar de esta diferencia, los versículos siguientes (Heb 9,6–10) presentan una crítica al antiguo culto y a sus sacrificios, pues estos no abrían el camino al Santuario ni lograban perfeccionar la conciencia de quien los ofrecía (Heb 9,9). En la mentalidad hebrea, los sacrificios pretendían cambiar la actitud de Dios, pero no transformaban al oferente. Así, se quedaban en lo material, sin producir conversión espiritual. Como afirma Gass (1992), “no es a Dios a quien los sacrificios deben cambiar, sino al oferente” (pp. 60–61).

Vanhoye (1980) señala que el problema fundamental que el autor de Hebreos identifica es que, aunque se conociera el camino hacia Dios, no era posible recorrerlo sin acercarse al Señor. Y como no había sacrificios verdaderamente eficaces para purificar la conciencia de las obras muertas y permitir el culto al Dios vivo (Heb 9,14), no podía haber relación auténtica con Él. Las separaciones instauradas —entre el pueblo y el sacerdote, entre el sacerdote y la víctima, entre Dios y su pueblo— evidencian que la antigua alianza padecía una exterioridad irremediable.

El culto del templo y el sacerdocio antiguo, por tanto, no cumplían ya su misión fundamental: mediar la comunión entre Dios y su pueblo. La crítica a los versículos 6–10 se refiere en particular al *Yom Kippur*, el Día del Gran Perdón, rito de sangre que sirve de modelo para interpretar la muerte sacrificial de Jesús (MacRae, 1999, p. 314). Como la vía del Santuario estaba cerrada, solo un nuevo camino —inaugurado con el sacrificio de Cristo— podía restablecer la comunión y erigir un nuevo Santuario. En este sentido, el velo que se rasga al morir Jesús (Mt 27,51) simboliza el fin del antiguo culto y el acceso libre del pueblo a Dios (Gass, 1992, p. 60).

El nuevo culto, inaugurado en el sacrificio de la cruz, no separa a los hombres de Dios, sino que los une a Él. Según Vanhoye (1979), esto se evidencia cuando Cristo, por obediencia, se une al ser humano hasta sus últimas miserias —en todo igual, excepto en el pecado—, siendo aceptado por Dios (p. 119). Por eso, Hebreos lo proclama como “Sumo Sacerdote de los bienes venideros” (Heb 9,11): en el altar de la cruz transforma la humanidad y rescata al hombre del pecado. Su sacrificio supera a todos los demás en dignidad del oferente, plenitud del acto y eficacia de sus efectos. Con Él, el *Yom Kippur* es superado: el gran día de la reconciliación es el día de su muerte.

En este caso no hay separación entre víctima y sacerdote: es Cristo quien se ofrece a sí mismo. Tampoco hay separación entre el pueblo y el sacerdote. Esta es la característica específica del sacrificio de Cristo: es a la vez un acto de unión con Dios y de unión con los hombres. [...] Por tanto, para ser sacerdote, en lugar de separarse del pueblo, se une a él; y así, el esquema del culto de la Iglesia se opone al del Antiguo Testamento. Todo es comunión, nada es separación; la única separación es la del pecado. (Vanhoye, 1979, p. 119)

Así, “los antiguos ritos y sacrificios de animales son abolidos: se pasa del culto ritual al culto verdadero, real” (Vanhoye, 1979, p. 119). El sacrificio de Cristo cumple y supera todas las prácticas anteriores, ya que aquello que las prefiguraba encuentra en Él su realización plena. “Precisamente en el don del cuerpo torturado de Jesús se verifica la transformación realmente re-creadora que en vano habían esperado los sacrificios antiguo” (Nenheuser, 1992, p. 1071).

La Carta a los Hebreos se distingue entre todo el Nuevo Testamento por su interpretación del sacrificio en clave salvífica. Cristo se entrega libremente “como cordero llevado al matadero” (Is 53,7), haciéndose víctima sin pecado, humillado, para rescatar a los que habitaban en la muerte.

Este sacrificio es simultáneamente sacrificio de alianza, de expiación y pascual. Su efecto salvífico consiste, por tanto, en sellar la nueva alianza, purificar y santificar mediante la expiación, y redimir. Según Hebreos, la muerte de Cristo es un sacrificio escatológico, ofrecido una vez y para siempre, eficaz para eliminar los pecados por la fuerza expiatoria de su sangre; una autoofrenda perfecta del sumo sacerdote del Nuevo Testamento; una obra salvífica única... (Nenheuser, 1992, p. 1071)

Cristo, como sacerdote de los “bienes venideros” (Heb 9,11), alcanza con su muerte y resurrección la plenitud de la vida eterna para toda la humanidad. Su sacrificio es, por excelencia, la oblación perfecta que ofrece al ser humano un bien eterno, escatológico, que es al mismo tiempo promesa y herencia. “El sacrificio expiatorio de la cruz abrió el camino al verdadero ‘Santo de los Santos’ de Dios, de modo que los fieles poseen ya ‘la sustancia de las realidades’ (Heb 10,1) y pueden acercarse al

Santuario celestial y a la presencia dadora de Dios” (Terra, 1979, p. 123). Así, la cruz se convierte en el ápice del sacrificio salvador.

De hecho, puede decirse que toda la vida de Jesús es una acción sacrificial, pues su encarnación fue ya una apertura inicial hacia esa entrega (Nenheuser, 1992, p. 1071). Su sacrificio eterno rompe con el antiguo rito y se anticipa en las palabras de la última cena: “Este es el cáliz de mi sangre, que será derramada por ustedes”. Cantalamessa (2012) afirma:

Las palabras de Cristo: ‘Este es el cáliz de mi sangre que será derramada por ustedes’ son la prueba —aún no refutada por la crítica— de que Él aceptó su muerte y le dio un sentido propio, independientemente de las decisiones externas que la causaron. No solo la padeció, sino que la aceptó. En este sentido, la Eucaristía es su testamento: su ‘nueva y eterna alianza’, la expresión de su última voluntad. (p. 47)

La redención de la humanidad es el fruto de esta alianza eterna sellada con su sangre. Así, el sacrificio de Cristo es cruento y redentor. “Aquí se encuentra la oposición entre el nuevo y el antiguo culto (Heb 9,14.25.28): para ofrecerse a sí mismo, Cristo debía derramar su propia sangre” (Terra, 1979, p. 129).

Este nuevo sacrificio se sustenta en tres elementos esenciales: la oblación voluntaria, el cuerpo de Cristo y el carácter decisivo del acontecimiento (cf. Heb 10,10) (Terra, 1979, p. 132). Por libre voluntad, Él ofrece su vida en la cruz para expiar (Heb 2,17), purificar (Heb 1,3; 9,22), abolir la muerte y el pecado (Heb 9,26), redimir (Heb 9,12.15) y santificar a la humanidad (Heb 2,11).

Este sacrificio no se restringe a la cruz, sino que encuentra su cumplimiento pleno en la resurrección. Su finalidad —el *telos*, la consumación, la divinización— es el acceso al Santuario celeste. Y esa consumación solo es posible porque Jesús, por su libre entrega, adhiere plenamente a la voluntad del Padre, dotando a su paso al cielo de sentido sacrificial (Terra, 1979, p. 132).

Jesús no entra solo al Santuario celestial: entra con la humanidad redimida. En este sentido, se realiza lo que Agustín expresó al decir que Cristo es “vencedor porque es víctima” (*Confesiones*, X, 43). Él no ganó un premio perecedero, sino eterno, y lo dio como herencia gloriosa a la humanidad. Se rompe así la separación entre lo humano y lo divino

Consideraciones finales

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que el camino hacia el Santuario —lugar de culto perfecto y comunión plena con Dios— se realiza en la persona de Jesucristo. De este modo, los sacrificios antiguos y un sacerdocio ineficaz en su función mediadora ceden lugar al culto nuevo, verdadero y eterno. “Todo se cumplió en la fuente desbordante de la Cruz” (*Dilexit nos*, n. 97); allí se inaugura, por el sacerdocio solidario de Cristo, un nuevo culto que reconcilia a los hombres con Dios.

El grito de Cristo en el momento de su inmolación rasgó el velo de una época marcada por el ritualismo vacío, expresado en sacrificios que no agradaban a Dios porque los corazones y las conciencias no eran transformados.

A través de esos sacrificios, se pretendía expiar el pecado y restablecer la comunión con lo divino, pero la salvación no era alcanzada. “Jesús es, pues, el jefe de la salvación, no simplemente porque va delante y alcanza de primero la consumación. Antes que nada, lo es por su acción, mediante la cual realiza la salvación para la humanidad” (Terra, 1979, p. 135).

Estas reflexiones permiten, desde la teología de la Carta a los Hebreos, realizar una lectura crítica de la conciencia y la práctica del culto en la realidad eclesial contemporánea. La falta de una comprensión profunda de lo que fue inaugurado en la Cruz —y consumado en la resurrección— provoca que muchos “desciendan del Calvario” para volver a la Tienda, y allí continúen elevando preces y ritos que no alcanzan a Dios. No porque Él se haya alejado de la humanidad, sino porque el corazón humano permanece endurecido, distante de la conversión.

Frente a este panorama, en el que los corazones parecen endurecerse cada día más, es urgente anunciar la Buena Nueva de Cristo y la salvación que Él ha alcanzado. Es necesario conducir a las personas hacia el memorial de su Pasión, Muerte y Resurrección, de modo que, al tener una experiencia personal con el Salvador, puedan tomar conciencia de la gracia contenida en su sacrificio redentor y participar del culto nuevo y eterno inaugurado en la Cruz.

Así, con conciencias transformadas y corazones convertidos, al unirse al único y perfecto sacrificio, se hace posible experimentar sus frutos en todos los tiempos, ya que la salvación que brotó de la Cruz inundó la tierra.

Referencias

- Agustín. (2017). *Confesiones* (1.ª ed.). Penguin Classics / Companhia das Letras.
- Auneau, J. (1994). *O sacerdócio na Bíblia* (1.ª ed.). Paulus.
- Bach, D. (2013). Liturgia na Bíblia. En D. Bach (Ed.), *Dicionário enciclopédico da Bíblia* (pp. 818–819). Edições Loyola, Paulus, Paulinas.
- Baroffio, B. (1992). Liturgia. En *Dicionário de Liturgia*. Paulus.
- Bíblia de Jerusalém. (2002). Paulus.
- Buis, P. (2013). Lei. En *Dicionário enciclopédico da Bíblia*. Edições Loyola, Paulus, Paulinas.
- Cantalamessa, R. (2012). *“Isto é o meu Corpo”: à luz de dois hinos eucarísticos* (3.ª ed.). Edições Loyola.
- Conthenet, É. (2013). Sacerdote. En *Dicionário enciclopédico da Bíblia*. Edições Loyola, Paulus, Paulinas.
- De Andrade, A. (2021, octubre 16). O sacerdócio de Cristo e a laicidade do sacerdócio: conforme a Carta aos Hebreus. *Estudos Bíblicos*. 30 (119), 248-256 <https://revista.abib.org.br/EB/article/view/276>
- Gass, I. (1992). O antigo sacrifício e o sacrifício novo de Cristo (Hb 9,1–14). En *Estudos Bíblicos*. 34, 56-64.
- Jeremias, J. (1983). *Jerusalém no tempo de Jesus: Pesquisa de história econômico-social no período neotestamentário* (1.ª ed.). Paulus.
- MacRae, G. (1999). Hebreus. En D. Bergant y R. Karris (Eds.), *Comentário bíblico: Evangelhos e Atos, Cartas, Apocalipse* (2.ª ed.). Edições Loyola.
- Marsili, S. (1992). Liturgia. En *Dicionário de Liturgia*. Paulus.
- Monloubou, L. (1985). O Antigo Testamento à mesa. En *A Eucaristia na Bíblia*. Paulinas.
- Nenheuser, B. (1992). Sacrifício. En *Dicionário de Liturgia*. Paulus.
- Payne, J. (1998). Kohen. En G. J. Botterweck et al. (Eds.), *Dicionário internacional de teologia do Antigo Testamento* (Vol. 2). Vida Nova.
- Sante, C. (2004). *Liturgia judaica: Fontes, estrutura, orações e festas* (1.ª ed.). Paulus.
- Terra, J. (1979). A libertação escatológica na epístola aos Hebreus. En J. E. M. Terra (Org.), *Jesus político e libertação escatológica*. Edições Loyola.

- Turner, W. (1999). Levítico. En D. Bergant y R. Karris (Eds.), *Comentário bíblico: Introdução, Pentateuco, Profetas anteriores* (2.ª ed.). Edições Loyola.
- Vanhoye, A. (1979). Cristo Sumo Sacerdote. En J. E. M. Terra (Ed.), *Jesus político e libertação escatológica*. Edições Loyola.
- Vanhoye, A. (1980). *El mensaje de la carta a los Hebreos* (1.ª ed.). Editorial Verbo Divino.

ISSN: 2665-4369

Argumenta Biblica Theologica

Revista de Teología y Estudios Bíblicos



Editorial
Uniclaretiana